

Reinados de belleza y nacionalización de las sociedades latinoamericanas

Beauty contests: Nationalizing the Latin-American Societies

Ingrid Johanna Bolívar Ramírez

Profesora Asistente, Departamento de Ciencia Política, Universidad de los Andes, Bogotá

Email: lbolivar@uniandes.edu.co

Fecha de recepción: febrero 2007

Fecha de aceptación y versión final: abril 2007

Resumen

El objetivo de este artículo es contribuir a la discusión sobre género y nación en Latinoamérica a través de la descripción y el análisis de algunas facetas del Concurso Nacional de Belleza en Colombia en la primera mitad del siglo XX. El texto resalta tres cuestiones. Primero, las formas conflictivas que asume la identidad en el proceso de construir la nación. Segundo, el concurso de belleza como una modalidad de vida pública y civilizada de las mujeres. Tercero, la disputa por el liderazgo social implícita en el reinado como tal. Finalmente, el artículo explica que los reinados son campos interesantes para investigar cómo las sociedades latinoamericanas experimentan y enfrentan la transformación de los criterios de distinción social.

Palabras clave: concursos de belleza, nación, identidad, nacionalización, Colombia.

Abstract

This article discusses certain relationships between gender and nation in Latin America by both describing and analyzing some features of the Concurso Nacional de Belleza (National Beauty Contest) in Colombia in the first half of 20th century. The text raises three issues. First, the conflicting forms that identity takes in the process of constructing nations. Second, that the beauty contest is a way of life for women that is both public and civilized. Third, the dispute over social leadership implicit in the contest itself. Finally, the article explains that the reigns of the winners are themselves interesting ways to understand how Latin American societies are both experiencing and facing transformations in the criteria marking social distinctions.

Keywords: Beauty contest, nation, identity, nationalizing societies, Colombia.

El objetivo de este artículo es contribuir a la discusión sobre género y nación en Latinoamérica a través de la descripción y el análisis de algunas facetas del Concurso Nacional de Belleza en Colombia en la primera mitad del siglo XX¹. El texto muestra que el Reinado Nacional de Belleza opera como espacio de producción de representaciones de lo nacional a través de la atribución de valores específicos a las mujeres y grupos sociales que participan en ellos. Más específicamente, el texto describe cómo a través de detalladas referencias a la belleza de las candidatas tiene lugar un proceso político de gran importancia: la escenificación del dominio de un estamento y su naturalización a través del uso de los rasgos físicos como constatación de una pretendida valía moral innata. El texto sitúa este proceso político en un marco histórico más amplio que recuerda, en general, las transformaciones características del proceso de formación de las naciones y el hecho de que ellas van transformando muy conflictivamente el papel de los antiguos estamentos y van incluyendo otros grupos sociales (Elias 1994 y 1997, Weber 1997 [1922]). Además, el texto insiste en que eventos como el Reinado Nacional de Belleza en Colombia

muestran que la dicotomía público-privado puede ocultar las formas ambiguas de participación de “mujeres distinguidas” en el mundo público. El texto afirma que el reinado de belleza en Colombia deja ver algunos esfuerzos “modernizantes” de los grupos autoconsagrados como elites, tanto como sus propias resistencias aristocratizantes ante las transformaciones del nosotros nacional.

Las principales fuentes trabajadas en el estudio son los dos libros de presentación institucional del concurso, escritos para celebrar, respectivamente, los sesenta y los setenta años del evento² y las revistas semanales colombianas *Cromos* y *Semana* publicadas en el período 1934-1959³.

El reinado en Colombia: familias distinguidas y disputas por el nosotros

Una de las cuestiones más interesantes en torno al Concurso Nacional de Belleza en Colombia tiene que ver con la forma en que

1 El artículo es parte de una investigación colectiva en marcha realizada por la autora junto con un equipo del Museo Nacional de Colombia interesado en la construcción de un guión sobre la historia reciente del país. Del equipo han hecho parte, además de la autora, Cristina Lleras, Juan Darío Restrepo, Luisa Duran y Tatiana Vásquez entre otras personas. Además, el texto retoma los resultados de estudios sobre la construcción de la nación en Colombia, financiado por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Los Andes (Bogotá) y publicado por el Ministerio de Cultura de Colombia en la Colección Cuadernos de Nación (2001). Una versión anterior de este texto fue presentado como ponencia en el panel “Historia y Cultura Política” en el XI Congreso Colombiano de Historia, Bucaramanga, agosto de 2006. Agradezco a María Emma Wills por sus recomendaciones bibliográficas sobre el tema de género y nación y a los evaluadores de *Íconos* por invitarme a precisar mis argumentos.

2 El libro con el que se conmemoran los sesenta años se llama *Las más bellas. Historia del Concurso Nacional de Belleza* (1994). El libro de los setenta años se titula *Las reinas* (2004). Ambos han sido publicados por la Junta Organizadora del Concurso apoyados en información gráfica de la revista *Cromos*. El primero será citado como MB, el segundo como LR.

3 El Concurso Nacional de Belleza en Colombia se hace por primera vez en 1934. Luego se reinicia en 1947 y se hace cada dos años hasta 1959. Desde 1962 se hace cada año, y desde 1969 se transmite por televisión. La Junta Organizadora del Concurso es una entidad privada sin ánimo de lucro, pero a lo largo de toda la historia del evento han participado en ella políticos y funcionarios públicos de importante trayectoria. Durante 1934 y 1969, la principal fuente de divulgación sobre el reinado fue la Revista *Cromos*, magazín semanal que circula desde 1916. Una importante investigación sobre las transformaciones de los ideales del cuerpo y su relación con la modernidad en Colombia utiliza sistemáticamente esta fuente y establece que “por su precio, el volumen de sus ediciones, el contenido y el lenguaje, ha sido una revista de amplia circulación y asequible para un amplio sector de la población” (Pedraza 1999:22). De ahí que esta investigación también la utilice sistemáticamente.

las distintas fuentes definen el evento. En la presentación que Teresa Pizarro de Angulo, Presidenta Ejecutiva del concurso durante más de 40 años, hace del concurso en el libro *Las Más Bellas* (MB), se lee:

“No es una simple coincidencia el hecho de que el Concurso Nacional de Belleza de Colombia se inicie cuando el país se apresura a vivir su etapa histórica verdaderamente moderna, en los años treinta. Como circunstancia curiosa, podría decirse que el Concurso es precisamente uno de los signos de la modernización de Colombia, y al mismo tiempo testimonio de esa modernidad: el Concurso, que desde 1934 se lleva a cabo en Cartagena de Indias, ha sido testigo permanente de la evolución de los gustos, de la moda, del turismo, de las formas de entretenimiento, del papel de la mujer y de otros aspectos vitales de nuestro comportamiento social” (MB 1994: 7).

Diez años después, el actual presidente del reinado, Raimundo Angulo, ratifica ese lazo entre el evento y la historia moderna del país afirmando que “durante los últimos 70 años el Concurso Nacional de Belleza ha ido de la mano de nuestras costumbres y de los hechos que han marcado la historia del país. Este libro es un recuento de esos hechos y costumbres mirados a través de la belleza de la mujer colombiana” (LR 2005: 23).

Ambas descripciones del evento subrayan su conexión con la historia del país, con procesos específicos de transformación de la sociedad nacional y, de manera más reveladora aún, con aquello que los presidentes del evento denominan, respectivamente, “aspectos vitales de nuestro comportamiento social” o de “nuestras costumbres”. Ambos directivos enfatizan el pronombre “nosotros”, el posesivo “nuestro” y sin embargo la lectura minuciosa de las fuentes revela lo que hoy algunos criticarían como el carácter restringido o elitista del concurso en el periodo estudiado. No es el

interés del artículo ahondar en tales críticas, que tienden a juzgar -desde las demandas de integración e inclusión actuales- procesos de diferenciación y articulación social orientados por otra lógica. Aquí, más bien, resulta más interesante articular el predominio de una identidad colectiva (determinada alrededor del concurso) a la discusión sobre género y nación en Latinoamérica. En efecto, las descripciones del reinado hablan de un nosotros que se presenta a sí mismo como el nosotros de los colombianos pero que tiene, al mismo tiempo, un carácter mucho más restringido: el nosotros de unos grupos específicos. Norbert Elias (1990 y 1997) ha llamado la atención sobre el cambiante equilibrio entre “el yo y el nosotros” y sobre el hecho de que la construcción de las naciones implicó la derrota o más bien el alineamiento progresivo de distintos tipos de nosotros que la antecedían y que ahora eran sumergidos en el nosotros nacional. A tales grupos de preeminentes en las distintas sociedades europeas del XIX les parece evidente que ellos son los representantes de la nación, el nosotros que tiene respetabilidad. Sólo mediante intensos conflictos el nosotros del estamento superior va a dejar de coincidir con el nosotros nacional y va a empezar a incluir otros grupos sociales⁴.

Estos señalamientos ayudan a comprender sin anacronismos de qué hablan los represen-

4 Norbert Elias ha trabajado con mucho detalle estos procesos. Especialmente ilustrativo es su estudio sobre los conflictos entre el “canón de una clase superior” en Alemania y los esfuerzos de sectores burgueses en torno al “nosotros” nacional. Ver especialmente su digresión sobre “Historia política y cultura política” en el libro de *Los Alemanes* (Elias 1997) y “Cambios en el equilibrio entre el yo y el nosotros” en *La sociedad de los individuos* (Elias 1990). Reconstruyo con detalle estos planteamientos porque nos ayudan a replantear la discusión historiográfica clásica sobre el carácter oligárquico o estamental de las naciones latinoamericanas y nos muestran que la construcción de un “nosotros nacional” exigió procesos de integración de regiones y de estratos que a veces se ocultan tras el continuo predominio de un grupo sobre otros.

tantes del concurso de belleza. Teresa Pizarro, la presidenta del concurso por más de cuarenta años, tiene razón cuando afirma que el concurso “ha sido testigo permanente de la evolución de los gustos, de la moda, del turismo, de las formas de entretenimiento, del papel de la mujer”. Conviene preguntar quiénes eran los principales actores de esos cambios. ¿Qué grupos sociales pueden hacer de esas cuestiones un tema de socialización o debate? Por supuesto sólo aquellos que no están ya directamente involucrados en la reproducción material de la sociedad y que han “sacado” su reproducción como clase o como grupo diferenciable de los circuitos estrictamente -o más brutalmente- materiales. No interesa reproducir aquí una contraposición entre lo material y lo simbólico, pero es importante subrayar que la posibilidad de “disfrutar” de la moda y de contemplar “la evolución de los gustos” no es una cuestión que este abierta para todos los integrantes de una sociedad, sino una habilidad y una forma de capital específica de la que disponen sólo algunos sectores sociales (Bourdieu 2000: 153). En esa dirección puede leerse que en la misma presentación del evento citada antes, doña Teresa Pizarro aclare que son familias desde “todos los puntos cardinales de Colombia” las que “nos envían año a año sus candidatas” y que “desde 1947, el Concurso Nacional de Belleza ha tenido siempre un sentido de contribución a la paz y a la cohesión del país, que hoy es más profundo y mucho más universal al vincular en su ejecución y en su seguimiento a todos los sectores de la sociedad colombiana” (MB 1994: 7).

La revisión de las revistas semanales *Cromos* y *Semana* nos ayuda a precisar de qué tipo de familias se trata y a comprender mejor el tipo de vinculación de los distintos sectores sociales con el reinado. Los artículos que tales revistas publican a propósito del concurso abundan en detalles sobre la historia de cada una de las señoritas, a quienes se refieren pre-

cisamente como “hijas de las más notables e ilustres familias colombianas”. Así por ejemplo, en la revista *Semana* del 1 de noviembre de 1947 se presenta a la Señorita Cauca como una dama de 20 años “por cuyas venas corre la sangre” de famosos próceres de la independencia o líderes políticos colombianos, Francisco José de Caldas, José María Obando y Julio Arboleda, entre otros. Se insiste en que ella “encarna la más pura aristocracia de una estirpe que ha sobresalido por la distinción y hermosura de sus mujeres”. Se le describe como “alegre y sencilla, de temperamento artístico”. Se comenta que “ejecuta el piano con especialidad y facilidad”. De la Piedad Gómez Román, Señorita Bolívar 13 años antes, la revista *Semana* decía: “nacida en Cartagena, de familias hondamente vinculadas a la historia de la ciudad legendaria, la muchacha elegida reina y Señorita Colombia, es alta y esbelta, se mueve con la cadencia de palmera de las mujeres compenetradas con la vida del mar”. Advertía la revista que Piedad “vio la luz en el aristocrático barrio de Manga, en Cartagena” y que es una dama “suave, cándida y alegre (que) ama la lectura y la pintura” (*Semana* 15-XI-1947: 5). Algo parecido se comenta de Beatriz Ronga Santamaría: “muchacha (que) por su aire aristocrático, parece princesa heredera de Inglaterra, pero es más: Reina de Caldas” (*Semana*, 8-XI-1947).

De la misma candidata se dice en otro número de la revista: “A la perfección de sus facciones, une esta niña un aire de distinción que la asemeja a los retratos de las herederas de las casas reales (...) Tiene los ojos rasgados, recta la nariz, fina la boca, largo y arqueado el cuello de cisne”. Además, una hermana suya, Yolanda, es la esposa de Gilberto Alzate Avendaño, importante político conservador de mediados de siglo en Colombia (*Semana* 15-XI-1947: 5). De la candidata Enriqueta Guerrero Rodríguez, *Semana* recuerda que es “nieta del general Carlos J. Guerrero, antiguo parlamentario y dirigente político, y uno de

los hombres de más hermosa apostura que haya dado el sur de Colombia (...) Por línea materna es nieta del eminente ciudadano Pedro Rodríguez (...) tiene los ojos oscuros, perfecta la cutis, y una extremada gracia en el poder. Es apasionada lectora de versos” (*Semana* 15-XI-1947). Tiempo después, *Cromos* resalta algo parecido con la señorita Valle:

“Por eso es que al contemplar que sin apasionamientos ni presiones, sin que se quiera imponer pautas a un torneo donde solamente se dan cita mujeres de elevadas condiciones culturales, sociales y de grandes virtudes, nuestra mujer se lleve ese bien ganado cetro y esa bien elocuente corona de la belleza” (*Cromos* 5-XII-953: 23).

En el recorrido por estas fuentes sobresale el papel de los lazos familiares que sostienen a cada una de las candidatas y el esfuerzo por inscribirlos en una larga trayectoria de respetabilidad y preeminencia social. Las fuentes consultadas recalcan permanentemente que al reinado asisten hijas de “sangres antiguas, vigorosas y delicadas” que hacen del evento un “gentil torneo” en el que sólo participan hijas de los “eminentes” e ilustres y reconocidos caudillos u hombres políticos. Estas alusiones a las mujeres que participan del concurso nacional dejan ver precisamente que el contenido del nosotros nacional se limita al “nosotros de las familias” que tienen lo que Weber (1997 [1992]: 1063) denomina “poderes de dominio personal”. El honor, la respetabilidad, la antigüedad como formación social caracteriza a los estamentos.

El reinado: vida pública de mujeres de buena familia

Además del carácter restringido o estamentario de este nosotros nacional, la revisión de la forma como las fuentes caracterizan al reinado invita a problematizar la dicotomía entre

lo público y lo privado como eje de la dominación de género. En la introducción a su libro sobre género y nación, Yuval-Davis (1997) llama la atención sobre las potencialidades y las limitaciones de analizar las relaciones de género usando dicotomías como público-privado y civilización-naturaleza. La autora no niega la desigual asignación de roles que estas dicotomías implican para hombres y mujeres. Sin embargo, llama la atención sobre el hecho de que tales contraposiciones pueden impedir o retrasar la comprensión de la complejidad de las relaciones entre hombres y mujeres de distintos grupos y en campos sociales determinados. Esta advertencia es muy interesante porque el análisis del reinado como escenario de producción política muestra con claridad las limitaciones y ambigüedades de esas dicotomías. El reinado de belleza revela muy bien que las mujeres no están recluidas, o por lo menos no del todo, en un espacio privado, doméstico y natural. Más bien, ciertas mujeres participan de manera ambigua y discreta en la escenificación y naturalización del orden político predominante en la sociedad colombiana de mediados de siglo.

El reinado es un evento público, lo cuál por supuesto no significa que esté abierto a todos bajo las mismas condiciones. Sin embargo, hay organizadores, actores principales y espectadores. Las mujeres, las reinas, salen de la privacidad de sus hogares familiares a encontrarse con las “nobles damas” y con las “distinguidas hijas” de otras familias, pero también salen a encontrarse con un pueblo que las aclama. Las fuentes consultadas hacen un interesante y constante contrapunteo entre el reinado nacional de belleza y la vida “pública” o incluso “política”. Dice la revista *Semana* (1-XI-1947): “las regiones todas de Colombia han olvidado la política y las preocupaciones de menor importancia para dedicarse con entusiasmo inusitado a la búsqueda de sus más lindas mujeres”. Otro número de la misma revista señala:

“Una breve pausa se ha impuesto a la preocupación política, a los debates tormentosos, a las polémicas sobre las 850.000 cédulas falsas, a los viajes del señor Gaitán a las capitales, a las controversias de los ministros, con la proclamación que han hecho los 14 departamentos del país, de sus respectivas reinas de belleza. Y durante una semana no aparecen en las primeras páginas de los periódicos tan sólo los retratos de los grandes figurantes de la política” (*Semana* 8-XI-1947).

En efecto, durante unas cuantas semanas no aparecen los retratos de las grandes figuras políticas, sino, y ese es el punto central ahora, de sus mujeres. Otro número de la revista comenta que a las reinas el pueblo “les tributa los homenajes que solo rinde en momentos de efervescencia a los grandes caudillos de la vida pública” (*Semana* 15-XI-1947). Los políticos no aparecen directamente, pero las revistas se encargan de contar cómo participan en los eventos de elección y coronación de las candidatas departamentales e incluso qué políticos de renombre consiguieron sus esposas en los eventos de coronación (*Semana* 7-XI-1955). Tales eventos suelen tener lugar en los clubes sociales más importantes de las capitales departamentales que operan a su vez como los centros de socialización política partidista y como los espacios de encuentro y reconocimiento entre pares. Esos mismos caudillos o figuras políticas fungen como maestros de ceremonias, como poetas o como encargados de coronar a las “gentiles damas”. Al hacerlo, estos hombres exhiben su cultura y dejan a un lado los avatares de su vida política.

En 1949, en pleno proceso de expansión de lo que luego aprendimos a denominar en Colombia como “la violencia de los cincuenta”, el enviado del periódico liberal *El Espectador* al reinado, Guillermo Cano, comentaba:

“aquí no ha habido estado de sitio. Ha habido las festividades tradicionales de ‘la Heroica’ pero sin el turismo de los años anteriores. En las mesas de los bares, en las recepciones, las gentes hablan caballerosamente de política. Nadie se exalta. Y si hay algún conato de altercado, la sonrisa de una candidata que acierta a pasar disuelve la neurosis. La disuelve momentáneamente” (citado en *MB* 1994: 30).

La cita muestra muy bien el problema. Las mujeres no están escondidas en el terreno privado. Ellas están al lado de los hombres que hablan caballerosamente de política. Las mujeres “adornan”, “engalanan”, tales conversaciones. Quizá no intervienen en ellas, pero ahí están. Incluso, como deja ver la cita, la belleza de las mujeres aseguró el lugar de las festividades en medio de los conflictos políticos y partidistas que vivió el país por esos años. Herbert Braun (2001) ha analizado ya el tipo de comprensión de la política y de la sociedad que está implícito en los hábitos caballerescos de esta generación de políticos colombianos convivialistas⁵ interesados en diferenciarse de los políticos del siglo XIX. Él ya caracterizó los repertorios emocionales que hicieron de la política colombiana de mediados del siglo XX, la política de una sociedad señorial (Braun 2001). Por su parte, Zandra Pedraza (1999) ha mostrado cómo en la primera parte del siglo XX tienen una inusitada popularidad discursos sobre higiene, salud, cultura física, entre otros, que precipitan o preparan el tránsito de la cultura señorial a la urbanidad. Lo que interesa aquí recalcar es que en ambos casos -las conversaciones políticas y los discursos sobre cuerpo- las mujeres no permanecen

5 Braun (2001) explica que los políticos convivialistas eran aquellos que resaltaban su voluntad y su capacidad para argumentar y llegar a acuerdos. En esa voluntad y esa capacidad depositaban aquellos políticos su diferenciación con los líderes partidistas de finales del siglo XIX que habían estado involucrados en varias guerras civiles.

cen ocultas en lo privado sino que son exhibidas como prueba de la valía moral del grupo.

Las descripciones del reinado de belleza muestran la forma en la que el orden político se entreteteje, se alimenta y se camufla como orden natural o inscrito en los rasgos físicos y morales de las mujeres que son candidatas⁶. En el reinado, contrincantes políticos dejan a un lado sus diferencias y se aseguran mutuamente el lugar de rivales políticos gracias ya no a la contingencia histórica sino a la prueba de que ocupan un lugar destacado y predominante en sus distintas regiones; prueba inscrita en la belleza de las mujeres con las que se casan o están vinculados en condición de padres y hermanos. Puede decirse, entonces, que la contraposición público y privado no opera aquí como herramienta de indagación útil pues el reinado es precisamente la “modalidad de vida pública” de unas “galantes mujeres” elegidas por su belleza.

Algo similar sucede con la contraposición civilizado-natural. El “torneo de belleza” está preñado de ambigüedades. En tanto “gentil contienda de belleza” se le da un gran lugar a “lo natural”. Sin embargo, lo natural aquí no está opuesto a lo civilizado, no es sinónimo de biología o de “lo físico”. La naturaleza es la virtud de las mujeres, su gusto por la poesía y el arte, su virtuosismo en la interpretación del piano. Lo “natural” en ellas es la civilización. La revista *Semana* del 11 de octubre de 1947 lo aclara muy bien cuando señala que en el reinado el fallo consagra a “la mujer más bella, más espiritual y atractiva”. Por tratarse de un reinado de belleza puede objetivarse, convertirse en rasgo, aquello que constituye la

propia distinción grupal y que debería probar la preeminencia social.

Cuando Norbert Elias (1994) analiza la conflictiva amplificación del nosotros que se citaba atrás, también aclara la importancia que los signos objetivos tienen en la constitución de un grupo establecido o dominante y en la constitución de un grupo marginado. Signos objetivos que nuestras fuentes inscriben en los cuerpos tales como “una nuca distinguida”, “un porte elegante”, un “conjunto armonioso”, una “altivez y estirpe de reina”. Rasgos todos que tienden a convertirse en la señal natural que explica el propio predominio, el propio valor humano más alto y que en ese sentido tienden a sacar de la historia la explicación de la preeminencia del grupo (Elias 1994: 113). Por esta vía el reinado nacional deja que las mujeres defiendan, naturalicen y exhiban en la vida pública el grado de civilización que han alcanzado o del que disfrutaban de manera natural. De hecho, la modalidad de presencia de las mujeres en lo público y la naturaleza civilizada que se les imputa contribuye a la esencialización de lo nacional y de los rasgos de lo femenino a través de los cuerpos de las mujeres.

La disputa por el liderazgo en la construcción de lo nacional

Como se mostró antes, en el reinado se dan cita familias que exhiben orgullosamente su pasado de preeminencia regional, que recalcan en sus presentaciones los lazos que las une a “eminentes” e “ilustres” políticos, intelectuales, médicos o líderes. En el evento, esas familias “ilustres” se ofrecen mutuamente el reconocimiento de pares, de contendientes dotados de una misión o una función directiva específica. Eso, a pesar de que distintas historias del reinado recuerdan que el interés de realizar un concurso de belleza nació como “una manera de vincular la alta sociedad” a

6 Zandra Pedraza (1999) ha explicado cómo funciona este mismo mecanismo de naturalización del orden político y de asignación de atributos y valores a cada uno de los sexos en el caso concreto de la sociedad señorial colombiana y a través de una revisión exhaustiva de distintos tipos de fuentes, entre ellas, la revista *Cromos*.

“las clásicas festividades populares del 11 de noviembre, en que los cartageneros se lanzan fraternalmente alegres a las calles, a celebrar todos los años el aniversario de su independencia” (*Semana 7-XI-1955, MB 1994:17*). Tal señalamiento permite recalcar que el reinado se afianza como parte de la disputa por el liderazgo y la preeminencia social de ciertos grupos, en el contexto de las festividades patrias. Eso aún cuando las mismas fuentes y la historia oficial hagan más énfasis en el “propósito humanitario” y el “compromiso social” del reinado (*MB 1994:7*).

La alusión al liderazgo social en las festividades es de gran importancia pues recuerda uno de los principales tópicos de discusión entre los estudiosos de la formación del estado y de la nación como procesos culturales y entre quienes muestran los equívocos implícitos en la separación entre cultura y política. En su libro *Legisladores e intérpretes*, el sociólogo Zigmunt Bauman (1997) analiza precisamente las transformaciones sociales y políticas que permitieron la emergencia de la cultura y las naciones como forma de clasificación de los grupos. El autor reseña las intensas luchas políticas implícitas en la definición de “cultura” y de “nación” y muestra cómo las clases populares fueron progresivamente expropiadas de sus posibilidades y capacidades para organizar las fiestas. Habla Bauman de la conflictiva lucha por la autoridad social que tiene como escenarios las festividades y que significaba principalmente el derecho a tener la iniciativa social, a ser el sujeto de la acción social. Derecho que, en sus palabras, las clases dominantes querían ahora -comienzos del siglo XIX en el contexto europeo- sólo para sí mismas, y que tuvieron como resultado la reducción del “pueblo” a ser espectador de acontecimientos públicos, que ahora se convertirían en despliegues espectaculares del poder de los poderosos y riqueza de los ricos (Bauman 1997: 94). Fiestas y eventos que luego se van “nacionalizando” y convirtiendo

en “fiestas de toda la nación”. En sus recientes publicaciones sobre la Encuesta Folclórica Nacional y el cambio de las sociedades campesinas colombianas, Renán Silva (2006) ha comentado los procesos de transformación de la autoridad y la distinción social implícitos en el cambio de naturaleza y organización de las festividades. En los cuestionarios de la Encuesta Folclórica de 1942⁷, Silva detecta el desdibujamiento de las antiguas formas de celebrar orientadas por una matriz religiosa, así como la emergencia de lo que se denominó, bajo la República Liberal, como “fiestas modernas”. El mismo autor hace una referencia a los reinados de belleza y comenta que aquellos eran organizados “por las alcaldías con la ayuda de las damas socialmente importantes de las localidades” (Silva 2006: 234).

Es necesario, entonces, situar al reinado en un contexto más amplio que nos hable de la transformación de la manera en que se experimentan y conceptualizan los vínculos sociales, en el marco de lo que Barman (1997: 97) llama las “batallas por el liderazgo público”, de lo que Elias (1994) considera campos de definición de las relaciones y el equilibrio de poder entre establecidos y marginados y, finalmente, de lo que puede comprenderse como construcción de la nación en sociedades específicas. Se enfatizan aquí los nexos entre distintos rasgos del reinado, reseñados antes, y los señalamientos conceptuales de “ilustres varones europeos muertos” para arrancar a los reinados de belleza de las lecturas folclorizantes tanto como de las lecturas condenatorias que impiden comprenderlo en tanto ritual de producción y transformación de la preeminencia política y social a mediados de siglo y en tanto espacio de articulación de las mujeres a un proyecto político determinado. El rei-

7 Un cuestionario que el Gobierno Nacional de Colombia en esos años envió a los maestros de los distintos municipios y en el que les preguntaba sobre condiciones de vida, tipos de vivienda, ritos, tradiciones, entre otras cosas.

nado muestra a las mujeres como estandartes de una pretendida modernidad.

Nacionalización y pedazos de historia

El sociólogo peruano Aníbal Quijano (2000 y 1993) se ha referido sistemáticamente a la insuficiente o inacabada nacionalización de las sociedades latinoamericanas. Ha mostrado en sus distintos trabajos cómo el carácter colonial de la modernidad ha impedido que en el continente latinoamericano tengan lugar las transformaciones estructurales -materiales de hecho- que sostuvieron la nacionalización de las sociedades europeas. Ha mostrado con detalle qué pasa con la monetarización de las economías latinoamericanas, la etnificación de la fuerza de trabajo y la tendencia a convertirnos en lo que no somos gracias a las categorías que predominan en las ciencias sociales. La investigación en curso sobre el reinado de belleza en Colombia reconoce la importancia de esas preocupaciones sobre la morada material y las condiciones estructurales que favorecen o hacen posible la nacionalización de las sociedades latinoamericanas. Sin embargo, quiere llamar la atención sobre las modalidades de nacionalización de la sociedad implícita en eventos “banales” que, como el reinado de belleza en Colombia, naturalizan y exhiben el dominio político como expresión indiscutible de la preeminencia moral y social. De alguna manera, el artículo sugiere que los límites estructurales a la nacionalización de las sociedades latinoamericanas y la disputa histórica y política sobre el papel de las mujeres en el proceso necesitan del estudio de la conflictiva nacionalización de los liderazgos políticos, comprensiones de la belleza y la definición de las fuentes de honor social.

Los reinados de belleza ofrecen precisamente la posibilidad empírica de observar cómo se va ampliando el nosotros, quienes

participan de él, gracias a qué criterios y pagando qué costos. La investigación sobre “la historia de misses” es de alguna manera “historia de naciones” (Pequeño 2004) y sobre todo historias no convencionales de los procesos de nacionalización de las sociedades latinoamericanas. Más aún, para el caso de Colombia, en la Encuesta Nacional de Cultura realizada por el Ministerio de Cultura en 2002, el Concurso Nacional de la Belleza Colombiana fue elegido como el evento cultural más importante en el país (Ministerio de Cultura 2002). Colombia es escenario de un sinnúmero de reinados regionales y temáticos que tienen lugar desde comienzos del siglo XX y que están muy asociados a la conquista de la modernidad⁸. Asimismo, una colonia de inmigrantes colombianos en Houston (EEUU) ha realizado por doce años consecutivos un concurso de belleza titulado “Señorita Independencia de Colombia”, tiene su propio periódico y una constatación alusión a lo que pasa en el concurso nacional⁹.

Para terminar puede recalcar que los estudios sobre género y nación en América Latina pueden alimentarse con los estudios sobre reinados de belleza en estos países. En ellos se detectan las intensas luchas de transformación social y política implícitas en el tránsito siempre inacabado entre sociedades estamentales y sociedades de clase. Pero, ¿quién está dispuesto a asumir que su dominio o su preeminencia depende de contin-

8 La revisión de las fuentes ha mostrado la proliferación de reinados a comienzos del siglo XX. Reinas de los estudiantes, de los trabajadores, de productos alimenticios específicos (papa, panela...). En un artículo titulado “No hay trono pa’ tanta reina” y publicado en la colección “Cien Años de Colombianidad” se establece que en el período que va desde 1904 hasta 1999 se han elegido en Colombia entre 12 mil y 15 mil reinas (*El Espectador* 1999).

9 El periódico empezó a circular en Houston en julio de 2006; es quincenal. Se llama CSIC News (ver www.ciscolombia.org).

gencias y batallas políticas y no de la existencia natural de dones o rasgos especiales? ¿Quién está dispuesto a aceptar que la supuesta descripción de las reinas en términos de “gallardía”, “altivez”, “nobleza”, “elegancia”, “boca fina”, “cuello de cisne”, “ojos de ensueño” revela valoraciones y normas sobre lo deseable además de valores morales convertidos en rasgos físicos? ¿Quién puede aceptar, aún hoy, las palabras de E. Hobsbawm (1998: 21) de que “la historia no es una memoria atávica ni una tradición colectiva. Es lo que la gente aprendió de los curas, los maestros, los autores de libros de historia y los editores de artículos de revista y programas de televisión” (resaltado nuestro)? Y es que el hecho de que hoy todavía podamos distinguir una mujer que tiene “un verdadero porte de reina” (RC 19 XI 1962) (caminar sereno y seguro, confianza en sí misma y en la elegancia y sobriedad de sus vestidos, sus adornos y su maquillaje) de una que no, debería alertarnos de la forma en que se reproduce en nuestros corazones y en nuestros cuerpos una dominación política que se exhibe como cultura, como especial disposición para la pintura o la poesía, como talento para disfrutar las artes y no como inversión y trabajo para conseguir el predominio social.

Bibliografía

- Bolívar, Ingrid, 2005 “La construcción de la nación: debates disciplinares y dominación simbólica” en *Revista Colombia Internacional*, No. 62, Departamento de Ciencia Política, Bogotá pp 86-99.
- , 2004, “El reinado de la belleza: descubrir la política en lo natural”, en Chloe Rutter Jensen, editora, *Pasarela Paralela. Escenarios de la estética y el poder en los reinados de belleza*, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.
- Bolívar, Ingrid, Julio Arias y María de la Luz Vásquez, 2001, “Estetizar la política: lo nacional de la belleza y la geografía del turismo, 1947-1970” en Ingrid Bolívar y otros, coordinadores, *Belleza, fútbol y religión popular*, Colección Cuadernos de Nación. Ministerio de Cultura, Bogotá.
- Bauman, Zigmunt, 1997, *Legisladores e interpretes*, Universidad de Quilmes, Buenos Aires.
- Bartra, Roger, 1987, *La jaula de la melancolía. Identidades y metamorfosis del mexicano*, Grijalbo, México.
- Billig, Michael, 1995, *Banal Nationalism*, Sage Publication, Londres
- Bourdieu, Pierre, 2000, “Las formas del capital” en *Poder, derecho y clases sociales*, Editorial Desclée de Brouwer, España.
- Elias, Norbert, 1997, *Los alemanes*, Instituto Mora, México.
- , 1994, “Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados” en *La civilización de los padres y otros ensayos*, Norma, Bogotá.
- , 1990 *La sociedad de los individuos*, Península, Barcelona.
- El Espectador, 1999 “No hay trono pa’ tanta reina” *Cien años de Colombianidad. Hechos y Personajes del Siglo XX*, Medellín, diciembre, p. 68-72.
- Pedraza, Zandra, 1999, *En cuerpo y alma: visiones del progreso y de la felicidad*, Ediciones Uniandes, Bogotá.
- Pequeño, Andrea, 2004, “Historias de *mises* e historias de naciones, *Íconos, Revista de Ciencias Sociales* No. 20, FLACSO-Ecuador, Quito, p. 114-117.
- Hobsbawm, Eric, 1998, *Sobre la historia*, Editorial Crítica, Barcelona.
- Ministerio de Cultura de Colombia, 2002, “Encuesta Nacional de Cultura 2002”, en Rafael Gutiérrez, compilador, *Culturas simultáneas. Lecturas de la Encuesta Nacional de Cultura de Colombia*, Colección Cuadernos de Nación, Ministerio de Cultura, Bogotá.
- Quijano, Aníbal, 2000, “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en Edgardo Lander, compilador, *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*, Clacso, Buenos Aires.
- , 1993, “Colonialidad y modernidad-racionalidad” en Heraclio Bonilla, compilador, *Los Conquistados 1492 y la población indígena de las Américas*. Tercer Mundo Editores, Flacso y Ediciones Libri Mundi, Lima.
- Silva, Renán, 2006, *Sociedades campesinas, transición social y cambio cultural en Colombia*, La carreta histórica, Medellín.
- Yuval-Davis, Nira, 1997, *Gender and Nation*, Sage Publications, London.
- Weber, Max, 1997 [1922], *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, Bogotá.